

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

VIDA Y TRABAJO

UN CODIGO DE COLORES

ESTOS días de sol y colores hemos recordado al Dr. Juan Kaplan y su teoría sobre el «Valor funcional del color». La importancia del tema nos lleva a glosar sus conclusiones, tanto más cuanto que en este mundo de grandes convulsiones político-sociales, poco tiempo queda a los lectores para detenerse a reflexionar sobre asuntos al parecer carentes de significado y que, por el contrario, encierran enseñanzas técnicas que deben aprovecharse por el bien de la salud, en hogares, talleres, centros de diversiones, teatros, donde, hasta la fecha, el asunto del color de que deben ir pintados, es tan secundario que se deja al capricho, haciéndolo depender de muchas circunstancias, no siendo la menor, al aspecto económico del costo de la pintura, en el sentido de que se emplean los colores de pinturas más baratas.

Y esto no puede ser. Nosotros mismos nos lo dijimos al escuchar la palabra del Dr. Kaplan. Dejar al azar la elección de los colores es ignorancia y nada más que ignorancia del papel que el color juega en relación con el ser humano. Porque debe pensarse, y así lo explicó el conferenciante, que no se trata de colores que de paso, un sólo día, un momento, vamos a tener ante los ojos, sino de aquellos colores que por meses y años, nos acompañarán en el hogar, en el taller, en la oficina, en los lugares de trabajo o de recreación. Y es así como entra en juego la moderna ciencia del color apropiado para cada caso, tomando en consideración que cada color posee una acción física y psíquica sobre el organismo humano, de acuerdo con su gama espectral.

Los colores de corta longitud de onda —el violeta o el azul— producen en la visión una miopía transitoria. A distancias

próximas, estos colores no se perciben de noche o en penumbra. Y, por el contrario, otros colores, como el amarillo o el rojo, de mayor longitud de onda, producen hipermetropía momentánea y por esta causa se le distingue a mucha distancia. Los colores, además, son elementos vivos, actuantes, que excitan o se dan a los individuos, por su influencia psíquica bien conocida. La prueba, según el Dr. Kaplan, es lo que ocurre en las ventas de helados, por ejemplo, donde, además de escoger colores que dan la sensación de frescura, se agregan a los muros pinturas de lugares fríos. Y aquí, el conferenciante recordó que las denominaciones de Goethe en cuanto a colores cálidos y fríos siguen jugando su papel. Entre los cálidos tenemos el rojo, el anaranjado, el amarillo, y entre los fríos, el verde, el violeta, el azul. Y su denominación misma da un misterioso efecto sobre las personas, y con ellos se logra muchas veces enmendar ciertos aspectos físicos ambientales. Y así vemos que en países de clima frío, de temperaturas bajas, los colores preferidos los que más se usan, son los cálidos, ya que el amarillo, por ejemplo, reduce en mucho la sensación de frío mientras que en los países tropicales se emplea mucho el azul, que es un color que refresca, el verde o el violeta, colores fríos.

La medicina del trabajo en relación con el color debe considerarse muy cuidadosamente todos estos antecedentes aprovechándolos en dos direcciones bien definidas: el acondicionamiento de los ambientes a fin de provocar sensaciones de mayor o menor tamaño que el real, o para lograr la impresión de estar trabajando en una temperatura distinta de la que existe. Esto, al parecer baladí, tiene decisiva influencia en lo que toca a los accidentes de trabajo. Las técnicas actuales, producto de

concluidos estudios, permiten establecer sistemas que son de una gran utilidad a efecto de mantener vigilantes las condiciones psíquicas de los individuos contra los peligros en el trabajo que desempeñan. El amarillo listado de negro sirve para anunciar la proximidad de un sitio peligroso, y por eso las barreras que cierran el paso de los trenes, en las carreteras, están pintadas de esos colores; ellos despiertan el alerta ante el riesgo que corre la persona. Los peligros eléctricos se anuncian con el color azul. El rojo para determinar los sitios en que están los elementos para apagar los incendios. Y el verde, para los lugares de baños y sanitarios. Y también se emplean, no indiscriminadamente, sino siguiendo una ciencia de color, tintos coloridos para los tubos que transportan agua, vapor, aire comprimido, gases, ácidos, cloros, oxígenos, etc.

El Dr. Kaplan concluyó diciendo que había logrado la adopción del Código de Colores, que está en vigencia ya en muchas partes y que es obligatorio, logrando en esta forma unificar el uso racional y técnicamente aconsejable de los colores, acabar con la anarquía que antes existía, y hasta la fecha los resultados son plenamente satisfactorios, y por su uso se ha logrado la reducción de los accidentes que hoy por hoy son un problema en todas partes del mundo. Y algo más, el Dr. Kaplan aconsejó la adopción de este Código de Colores (o más propiamente Código de los Colores), en el resto de nuestros países, como parte de la medicina preventiva en el ámbito de la vida y del trabajo.

Miguel Angel ASTURIAS
Premio Nobel

LA IMPORTANCIA

COSAS DE LA VANIDAD

A todos nos gusta sentirnos importantes, quizás sólo a ratos, y cada cual a su manera y a su nivel. No dudo de que haya personas constitutivamente humildes, pero no suele ser lo frecuente, a juzgar por la experiencia. Y lo llamamos «vanidad». El vocablo es, desde luego, de origen eclesiástico, y tiene un alcance claro de censura, que, si no llega al grado estricto de «pecado», aparece resonante de severidad. El pecado seguro sería el orgullo, si no me equivoco. La vanidad no llega a tanto. Puede que, en el fondo, sea inimaginable sin una semilla de orgullo, y de ahí que los moralistas la miren con malos ojos. En todo caso, el orgullo vendría a ser como una vanidad exasperada y agresiva, o algo parecido. En cualquier caso, el asunto carece de interés: se trata de un distinguido literalmente bizantino, y lo dejaremos de lado. La cuestión de base es lo que dije al principio: «sentirnos importantes». Y corrijo y amplío: sentirnos importantes y desear que los demás nos reconozcan esa importancia. Porque la «importancia» en juego no acostumbra a descansar sobre razones objetivas: el dinero, la autoridad, la «performance» egregia. No niego que en tales situaciones no funcione la vanidad: el protagonista se le suben los humos a la cabeza, y ya está. Sin embargo, y en general, este tipo de gente no necesita ser exactamente vanidosa. Reciben el acatamiento oportuno, y no se ven obligadas a exigirlo con imposiciones aparatosas. Son importantes de por sí. La vanidad nace de un déficit de admiraciones en quien se considera acreedor de ellas.

Tal vez ni siquiera convenga hablar de «admiración», aunque eso sea lo corriente. A muchos individuos les basta obtener la simple atención de sus amigos o sus contortulios. Hay quien se pavonea con sus alifafes, y a menudo las conversaciones autobiográficas relativas a enfermedades tienen una grotesca raíz de vanidad, y empiezo por el caso más banal. El exhibicionismo de esta especie nunca va a cargo de pacientes realmente agobiados: los que lo practican buscan que las visitas les concedan, no compasión, sino atención, o una compasión boquiabierta, que viene a ser lo mismo. Otro ejemplo habitual es el de los atletas del erotismo: los que explican sus gestas de alcoba con adornada fantasía. Don Juan Tenorio y su compinche don Luis —Invo-

quemos el precioso sainete de Zorrilla— necesitaban vocear sus «exploits» en diversos ramos de la barrabada. Podríamos seguir con los aficionados a la caza y la pesca, tradicionalmente objeto de chistes, y justo por su tendencia a hinchar el resultado de sus capturas. El padre de familia que, cuando llega a su domicilio, canta sus propias glorias como genio en el oficio que ejerce —burócrata, ingeniero o vendedor ambulante— para impresionar a la parentela, es un dato más, a sumar a la lista. El «etcétera» posible cae por su peso, y sería superfluo perder más tiempo en el detalle. Hasta ahora, y ya se advierte, me limito a las rutinas benignas, cotidianas. O sea: a la «vanidad modesta», si se me permite la presunta paradoja. Son vanidades de poca monta, inofensivas, de escasa entidad mordiente. Y se satisfacen con casi nada: un elogio maquinal, o una sonrisa ambigua.

Hay que ser indulgentes con estas vanidades menores. De hecho, lo somos. Eso forma parte del código que rige la convivencia más elemental. Yo agunto la pequeña vanidad del prójimo, y el prójimo soporta la mía. Y vamos tirando. Todo se reduce a un ámbito verbal y doméstico, o de oficina, o de cafetería en reunión eventual. Probablemente se desencadenan excesos penosos. De vez en cuando. La megalomanía ya no tiene nada que ver con la vanidad —si permanecemos en el terreno clásico de la Psicología y la Ética, tal como las heredamos—: pertenece al confuso diagnóstico de la esquizofrenia. Por decirlo de algún modo. Si exceptuamos estas anécdotas, todo es cantar y coser, y una de cal y otra de canto, y hoy por ti y mañana por mí, y aquí paz y allá gloria. Los episodios amargos que lleguen a conseguir una cierta relevancia, nunca pasan de la crónica de sucesos. La «vanidad modesta» comienza y acaba en breves rapsodias de tontería... Otro gallo canta cuando los ciudadanos involucrados se dedican a las artes o a las letras. Lo que ocurra o pueda ocurrir en las especialidades científicas no entra en mis cálculos de comentario: como tampoco la política o la economía. Son «terra ignota» para mí: ignoro todo acerca de estas áreas de actividad intelectual, y no siempre intelectual, por supuesto. Pero en el sector de lo que, para entendernos y «hacer cultura», admite la etiqueta de «artes y letras», el problema toma

extrañas concreciones. «Extrañas» es un adjetivo pálido y desangelado: convendría escribir «perversas».

Porque ésta es otra historia, infame y turbia. La vanidad del poeta lírico, del músico —toque la flauta o interprete la partitura—, del erudito, del bailarín, del filósofo, del cantante, del sociólogo, del escultor, del periodista, del arquitecto, del crítico, de todos ellos, y de la zoología restante, no es una vanidad limpia. Ni mucho menos. Me conozco el paño, ya que uno pertenece a ese mundo —por obligación, no por devoción—, y sabe el pan que se da. La vanidad, en dichos sectores, contiene una dosis considerable de envidia. Afortunadamente, para preservar las delicadas complejidades del toma y daca diario, predomina la fachada de la «buena educación». Pero la procesión va por dentro. La vanidad combinada con la envidia produce el golpe bajo y la zancadilla. El más vanidoso acostumbra a ser el más envidioso, en un espacio donde todo depende de una noción tan errátil y opaca como es el «mérito». No hay manera de que el «mérito» pueda traducirse, de momento, en pesos y medidas definitivos. Lo que cuenta es la influencia fosforescente, el codazo maligno, la peste de la maledicencia. Hay vanidades sanas, y las hay morbosas. Los vanidosos de esta derivación, en un porcentaje elevado, sufren úlceras de estómago (precisamente por la envidia), estupidez crónica o miseriosos subdesarrollos glandulares. Conozco catedráticos con estos síntomas, y montones de ayudantes de cátedra, y liróforos, y reseñistas de semanario. Eso no le afecta a un notario ni a un registrador de la Propiedad, dicho sea para redondear el dictamen.

La envidia circula con grácil efusión —a veces se escuda en la política o en excusas mucho más tiernas—, y los escalafones y las oposiciones para ingresar en un escalafón (público o privado) son el circuito estamental de la «mala fe». Gracias a Dios, la mayoría de los envidiosos son realistas y prescinden de la vanidad: van a la suya, a pecho descubierto. Pero si la vanidad y la envidia se combinan, el híbrido es sordidez. Los vanidosos-envidiosos son capaces de cualquier puñalada traperera, metafórica o no. Para que ciertas vanidades puedan prosperar, a sus beneficiarios les es forzoso fastidiar al rival. O silenciarle. Rival, émulo, o sencillamente un vecino que no formaba parte

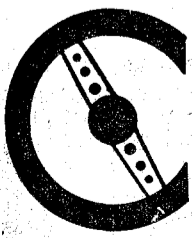
de sus cálculos... He querido insistir en estos desvíos, no sólo porque afectan a las galerías de arte, a las editoriales, a los claustros universitarios —y a los otros—, al papel impreso periódico, a las capillitas urbanas, sino porque la inevitable «minoría selecta», protuberancia social extraordinariamente curiosa, se condensa así en un narcisismo desgraciado. El público de la sala apenas se entera de las miserias de sus «artistas» y sus «intelectuales». Quizá sea preferible eso: que no lo sepan. El tinglado se sostiene encima de estas acritudes. La «cultura» es una cosa muy seria, pero también una tomadura de pelo. Olvidario sería suicida. Eso es evidente.

Y volviendo a la vanidad primera, a la ingenua, a la del personaje que para «sentirse importante» hace los máximos sacrificios, o algunos sacrificios, conviene hacer una última recapitulación. Regularmente, se «hacen cosas» positivas, que alguien paga por convicción, más que por vanidad. O porque se involucran la convicción y la vanidad. Desde la Roma Antigua, y por el episodio de Horacio, lo designamos con un derivado del apellido del patrocinador: Mecenas. Un análisis circunspecto del mecenazgo nos llevaría muy lejos. En los andurriales de la cultura, y descartados los laboratorios, que cobran en nómina, ¿qué no es mecenazgo? Mientras no se cumpla aquello que los amigos del circunloquio describen como «cambio de las estructuras», o cosa así, el Mecenas de turno será digno de muchas gracias. Se podrá discutir, por puro entretenimiento, qué es más oprobioso: si cobrar del Mecenas o de la Administración. Da risa la disyuntiva, y me callo los sarcasmos pertinentes... Sigo con lo que íbamos. La vanidad patrimonial es, hoy por hoy, un recurso encomiable. Se llevan a cabo cosas importantes —sobre el cáncer o sobre literatura medieval— porque alguien paga la factura. Alguien que puede pagar. Mecenas... ¿Por vanidad? Sin duda... Pero siempre será preferible la vanidad de ellos, que la de sus sanguijueles, con el Estado de por medio. En la sociedad en que vegetamos, una vanidad generosa —un mecenazgo— siempre es importante. Es una vanidad pura, la de Mecenas, o no tan «pura», pero abiertos. Sin envidia... Y me abstengo de señalar con el dedo.

Joan FUSTER

mire, toque, pruebe
un coche de ocasión y compre con toda confianza

CENTRALSA, le asesorará y estudiará con Vd., la forma de pago que mejor se ajuste a sus posibilidades económicas.



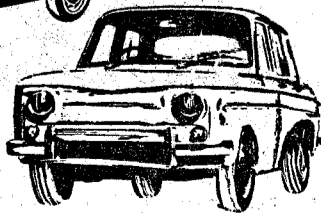
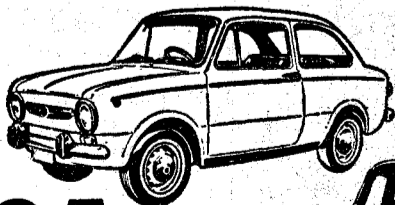
CENTRALSA

URGEL, 135
(esq. Mallorca)

VIA LAYETANA, 36
(esq. Avda. Catedral)

TRAV. GRACIA, 31-33
(esq. Santaló)

GENERAL MITRE, 2
(esq. Avda. Sarriá)



ahora

decofacex

Nuevo producto, único en España,
para el recubrimiento de
paredes y techos.

Protegido con plástico estratificado.
Indicadísimo para la moderna
decoración, especialmente para
establecimientos públicos,
tales como:
Colegios. Parvularios.
Hospitales. Vestibulos.
Cafeterías. Salas de
espectáculos.

Calidad y tono garantizados
por **saideplac**

Distribuidor General
para Cataluña
y Baleares

Central del Tablero EL BORNES, S.L.
COMERCIO, 11 Teléfonos 319 68 54 (3 líneas) 310 37 12